

MUJERES QUE TRANSFORMAN EL CAMPO MEXICANO

Por A. Mónica Rodríguez Maldonado, Luis Chaparro Arredondo y Tajín Romeo Estañol Zavaleta. Asociación Nacional de Empresas Comercializadoras de Productores del Campo, A.C. (ANEC)

Este artículo es un extracto de un análisis más completo, que está disponible en www.anec.org.mx.

INTRODUCCIÓN

La transición agroecológica que se está llevando a cabo actualmente en diversas regiones de México, representa una de las transformaciones más significativas del campo mexicano en décadas. Más allá del cambio en las prácticas agrícolas, implica una nueva forma de entender la relación entre las personas, la producción de alimentos y la naturaleza. Ante las limitaciones medioambientales, económicas y sociales del modelo agrícola convencional, la agroecología propone recuperar los conocimientos campesinos, fortalecer la organización comunitaria y promover sistemas de producción más resilientes, saludables y sostenibles.

Las mujeres rurales desempeñan un papel cada vez más importante en este proceso. Su participación en la producción de insumos biológicos, el manejo de huertos y la conservación de semillas demuestra que la transición agroecológica no depende únicamente de las innovaciones técnicas, sino también de la capacidad de las comunidades para generar conocimiento colectivo, fortalecer la cooperación y reconstruir el tejido social.

La experiencia desarrollada por la Asociación Nacional de Empresas Comercializadoras de Productores del Campo, A.C. (ANEC) a lo largo de más de tres décadas ofrece una perspectiva única desde la que observar este proceso. Aunque la organización se fundó con el objetivo de reforzar la comercialización de los cereales producidos por pequeños y medianos agricultores, con el paso de los años ha ampliado su labor para incluir la producción sostenible, la formación técnica y el desarrollo de modelos agrícolas alternativos. A lo largo de este recorrido, el papel de las mujeres ha evolucionado, pasando de limitarse a funciones administrativas o de apoyo a convertirse en actores fundamentales en todos los aspectos de la innovación, la organización y el liderazgo.

Este artículo analiza la contribución de las mujeres rurales a la transición agroecológica en México, basándose en la experiencia de la ANEC y en las observaciones realizadas en “Escuelas de Campo Agroecológicas - ECAs” y “Comunidades de Aprendizaje Campesinos - CACs” establecidas por dos programas de gobierno federal, en diversas regiones del país. Sostiene que la participación de las mujeres no solo refuerza la producción agrícola

Institute for Agriculture & Trade Policy

Noviembre de 2026
iatp.org | anec.org.mx

sostenible, sino que también impulsa nuevas formas de organización comunitaria, el resurgimiento de los conocimientos ancestrales y el desarrollo de alternativas ante las crisis medioambientales y alimentarias.

ANTECEDENTES

México sirvió de campo de pruebas donde el Centro Internacional de Mejoramiento de Maíz y Trigo (CIMMYT), junto con científicos de numerosos países, dio forma al modelo de producción agrícola conocido como la Revolución Verde. Se trató de una transformación agrícola radical llevada a cabo entre 1950 y 1970, basada en semillas de alto rendimiento, riego, fertilizantes de síntesis química y pesticidas. Su objetivo declarado era erradicar el hambre y, aunque evitó hambrunas masivas, tuvo un costo enorme. Esto permitió que un puñado de empresas internacionales monopolizaran todos los aspectos de la producción agrícola mediante la formación de alianzas con gobiernos, universidades y otras instituciones involucradas en la economía agrícola.

México sirvió no solo como campo de pruebas, sino también como ejemplo vivo, en el que la Secretaría de Agricultura y Recursos Hídricos (SARH) y el Banco Nacional de Crédito Rural (BANRURAL) respaldaron un modelo de negocio extremadamente dependiente de insumos externos — a menudo importados — y de maquinaria agrícola diseñada para agilizar el trabajo y hacerlo más eficiente. Esta tecnología ha seguido avanzando en todo el mundo, pero al mismo tiempo, la salud de la población también se ha deteriorado.

En los últimos años, la agroecología ha surgido como una alternativa singular a la Revolución Verde, basada en la salud humana y en el florecimiento de las comunidades rurales. En México, esta transformación comenzó a partir de iniciativas comunitarias e indígenas, en las que algunos agricultores, organizaciones de la sociedad civil y grupos de productores optaron por métodos sostenibles. Las comunidades predominantemente indígenas —que históricamente evitaron los agroquímicos y hoy en día los utilizan de forma mínima— desempeñaron un papel clave en ese proceso.

En 2010, dos de las organizaciones miembros de la ANEC comenzaron a utilizar el vermicompostaje para producir humus y lixiviados. Inicialmente, esto se planteó como una alternativa económica y una iniciativa empresarial de pequeños agricultores, sin que se utilizara formalmente el término «agroecología». Fue hasta 2013, a raíz de una crisis de rentabilidad en la producción de maíz, cuando muchos agricultores buscaron activamente alternativas para mejorar los rendimientos. Esto desencadenó un cambio de mentalidad hacia la sostenibilidad medioambiental que, aunque motivado por la reducción de costes, encendió un espíritu de cambio, una búsqueda de conocimiento y una incursión definitiva en la agroecología.

El punto de inflexión definitivo se produjo en 2019, bajo el mandato de Andrés Manuel López Obrador, con la puesta en marcha de dos importantes iniciativas públicas. La Secretaría de Agricultura y Desarrollo Rural (SADER) puso en marcha su Estrategia de Acompañamiento Técnico, organizando a los productores en las Escuelas de Campo Agroecológicas (ECA), y al mismo tiempo, la Secretaría de Bienestar (SEBIEN) lanzó el programa «*Sembrando* Vida», organizando a los agricultores en Comunidades de Aprendizaje Rural (CAC) para la gestión agroforestal sostenible, este último respaldado por un presupuesto considerable.

Ambos programas marcaron la primera acción del Gobierno para expandir la práctica de la agroecología en México. También representaron la primera oportunidad oficial para que las mujeres rurales demostraran en forma plena, espontánea y eficiente que poseen habilidades, capacidades y talentos, iniciando un proceso de liberación en cuanto a las limitaciones impuestas por el sistema patriarcal tradicional. Hoy en día, el 25 % de las ECA y el 35 % de las CAC están dirigidas por mujeres.

LAS AGRICULTORAS DE LA ANEC

Desde 2019, parte del personal técnico de la ANEC ha participado directamente en el seguimiento y monitoreo de varias ECAs en diversas regiones. Y durante este tiempo, los técnicos de la dirección ejecutiva de la ANEC han realizado aportaciones directas a algunas ECA y, en otros casos, han participado en eventos nacionales en los que representantes de las ECA, presentaron sus logros. Estas presentaciones corrieron a cargo tanto de mujeres como de hombres productores. Sin embargo, obtuvimos la visión más amplia y positiva cuando visitamos sus instalaciones

y sus centros de producción de bioinsumos, en el marco de una serie de reuniones formales llevadas a cabo con base en un acuerdo de colaboración firmado con SADER en abril de 2024. Este artículo se basa en las observaciones realizadas en dichas reuniones.

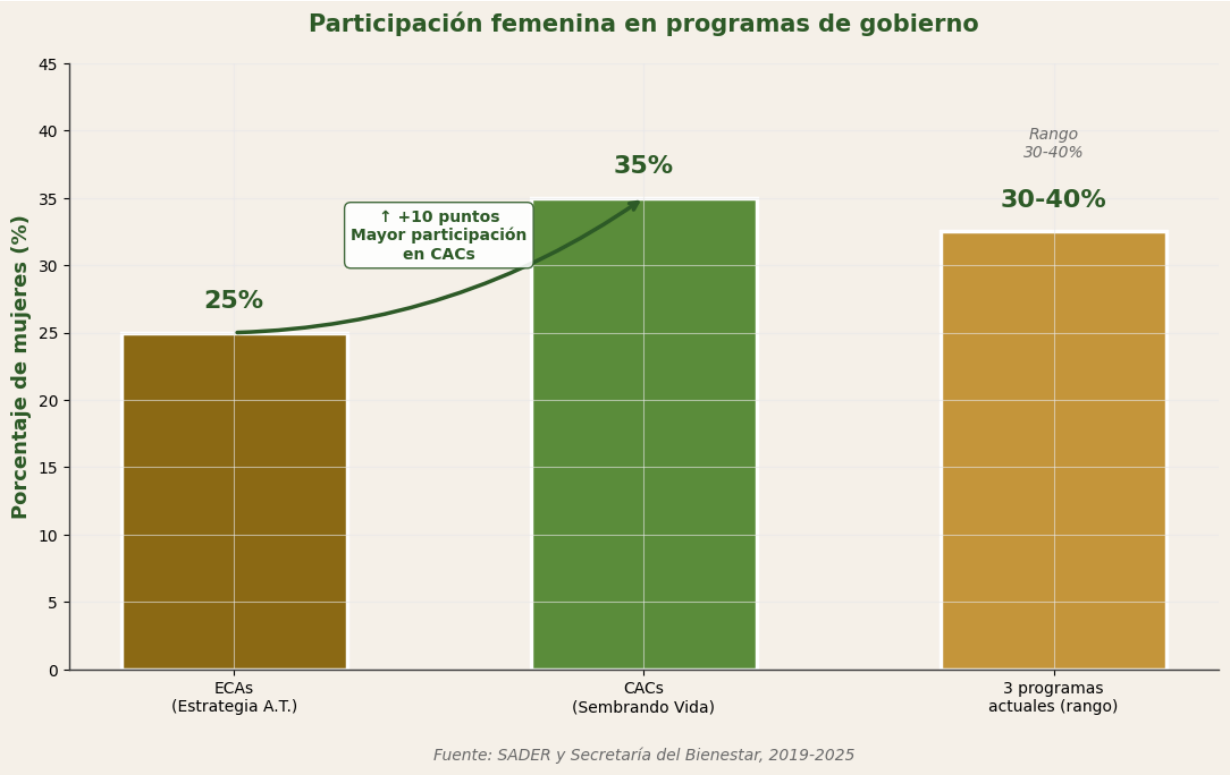
Se visitaron 80 ECA, y se inspeccionaron 80 centros de producción de insumos biológicos (EPB) en 16 estados repartidos en 4 regiones:

- OESTE: Colima, Guanajuato, Jalisco, Michoacán
- CENTRO: Morelos, Estado de México, Hidalgo, Puebla,
- SUR: Chiapas, Veracruz, Oaxaca, Guerrero
- NORTE: Tamaulipas, Zacatecas, San Luis Potosí

Este mosaico tan variado conlleva diferencias significativas en criterios, tradiciones, costumbres, patrones y formas: diferencias entre regiones, diferencias entre estados e incluso diferencias dentro de un mismo estado. Por ejemplo, en Guerrero, la forma en que la gente llega a acuerdos en la región de la Alta Montaña difiere de la de la Costa Chica.

Durante las visitas a las ECA, se observaron diferencias regionales notables tanto en la presencia de las mujeres como en su participación en las ECA: el 40 % de los miembros de las ECA en el sur, el sureste y el centro del país eran mujeres, frente al 25 % en el norte. En Oaxaca, la ECA de Fortín Alto destacó como un caso particular, ya que está compuesta principalmente por mujeres indígenas que también involucran a sus hijas a través del programa «Jóvenes Construyendo el Futuro». Su participación se manifestaba de diferentes maneras según el contexto: en el sur y el sureste, las mujeres se mostraban más reservadas con los visitantes externos y, en algunas escuelas, cedían el protagonismo a los líderes masculinos aun cuando las responsabilidades domésticas no les impedían participar; mientras que en el norte se las percibía como más espontáneas y proactivas, y solían pedir la palabra con mayor frecuencia.

En todas las ECA destacaron la hospitalidad, el orgullo y la satisfacción por el trabajo en equipo que realizaban, junto con una capacidad de innovación práctica demostrada a través de inventos sencillos y mejoras en «lo tecnológico» desarrolladas por las propias mujeres. También se identificó una dinámica de respeto intergeneracional, en la que las



mujeres mayores —las abuelas— ejercían una autoridad moral que incluso los hombres reconocían. **De las 80 ECAs visitadas, 27 estaban dirigidas por mujeres (33,8 %)**, y en todas ellas las participantes aprovecharon la oportunidad para expresar los problemas que les preocupaban. Cuando se les preguntó si continuarían con la transición agroecológica sin un programa de apoyo técnico, la respuesta fue afirmativa en todos los casos, lo que se considera una prueba de convicción que trasciende la dependencia institucional.

Constatamos que la mayor contribución productiva se concentra en el cultivo de hortalizas y el establecimiento de milpas, una práctica heredada de la tradición ancestral de los huertos domésticos; también destacó la participación en la organización de festividades.

Los tres programas gubernamentales que promueven la transición agroecológica registran una participación femenina que oscila **entre el 30 % y el 40 %** (Figura 3), con una diferencia notable: los CAC del programa «Sembrando Vida» alcanzan **el 35 %**, mientras que las ECA de la Estrategia de Acompañamiento Técnico se sitúan en el **25 %.** Estos datos merecen un análisis en profundidad

LA COCINA DOMÉSTICA Y LA BIOFÁBRICA COLECTIVA

La cocina, un espacio central dentro del hogar, sigue desempeñando hoy en día un papel importante como lugar de conexión e interacción donde las mujeres pueden socializar y compartir conocimientos. Lo que ocurre entre las mujeres que trabajan juntas en la cocina no se limita a ese espacio; también tiene lugar en las biofábricas o en los espacios de producción de insumos biológicos creados como parte de las ECA y los CAC.

Una biofábrica es una cocina, salvo que en esta se preparan insumos para su uso en las propias parcelas y para la venta; se elaboran compost, caldos y fórmulas de aminoácidos; se combinan lixiviados con micronutrientes; se cultivan microorganismos beneficiosos específicos; y se utilizan harinas de roca y extractos vegetales. No se preparan enchiladas, pero sí se producen inoculantes para semillas; no se prepara una deliciosa limonada, pero sí se elabora «agua de cristal» para combatir las plagas, y así sucesivamente.

Pero, además, al igual que en la cocina de la abuela, en la biofábrica se celebran sesiones en las que, sin falta, las participantes se dedican a intercambiar opiniones, reflexionar, recordar, repasar, confirmar, organizar, planificar, ponerse de acuerdo y hacer un seguimiento; y, cada vez más, estas sesiones se convierten en un medio para preservar las identidades culturales y de género, así como para cuestionar y superar los estereotipos preexistentes del machismo. Las mujeres que participan en las biofábricas hablan no solo en su propio nombre, sino también en el de sus comunidades y en el de quienes buscan comprender y valorar sus experiencias en la agricultura sostenible.

Del mismo modo que las mujeres transmiten sus conocimientos sobre la elaboración de tostadas como parte de un legado social, también comparten con sus familias y comunidades el método para elaborar el «supermagro» o el «Bocashi». Están recuperando el papel que la historia y el patriarcado les arrebataron un día.

En cuanto a los conocimientos y las relaciones que se tejen entre las mujeres de las biofábricas, es evidente que existe una colaboración tanto entre ellas como entre las familias, que unen fuerzas para producir insumos. Este esfuerzo colectivo podría garantizar no solo la subsistencia económica, sino también preservar el tejido social y la supervivencia de la comunidad como valor. La memoria colectiva puede convertirse en una herramienta poderosa para tejer una red de historias que inspiren, movilicen y den forma a un cambio social significativo a favor de la agroecología.

OBSERVACIONES SOBRE EL IMPACTO DE LA PARTICIPACIÓN DE LAS MUJERES EN LOS PROGRAMAS AGROECOLÓGICOS.

La ANEC ha observado un rico entramado de interacciones e impactos dentro de los grupos con los que se ha interactuado en diversas ocasiones entre 2019 y 2024. Esto no quiere decir que estas interacciones sean siempre perfectas. Pueden surgir disputas sobre el liderazgo, especialmente cuando el deseo de imponer una única voz fractura la

organización comunitaria y la unidad del grupo. Pero los logros siguen siendo asombrosos.

Diversidad de roles y experiencias

En los casos en que hay varias tareas que realizar, las mujeres se organizan y eligen las actividades que llevarán a cabo; por ejemplo: un grupo decide realizar la lixiviación, (cómo se muestra en la foto) otro grupo decide empaquetar y otro grupo decide preparar el caldo de cal y azufre, y para ello deben realizar diversos preparativos, mientras que la coordinadora general se encarga de llevar la contabilidad, registrar las actividades o las mediciones, o tomar notas sobre lo que ha sucedido.

Y al día siguiente, la división del trabajo es diferente. Lo mismo ocurre a nivel individual: a la hora de plantar, unas cultivan determinados cultivos y otras, otros distintos, y una vez que los cultivos están listos, comparten, intercambian y complementan las raciones de las demás.

Algunas son emprendedoras e impulsivas, mientras que otras son seguidoras. Cada una decide qué papel va a desempeñar. Habrá momentos en los que este papel cambie, en los que las seguidoras tomen la iniciativa, y viceversa. El rango de edades también es muy variado, desde chicas jóvenes, de 14 o 15 años, hasta mujeres de 60 años o más; se pueden ver o encontrar grupos en los que participan bisnietas, nietas, hijas y abuelas.

Cohesión e identidad colectiva

Uno de los efectos que genera la interacción de las mujeres dentro de los grupos es que se vuelven más unidas, más comprometidas y activas, lo que, en última instancia, da lugar a un grupo fuerte y cohesionado. Se defienden y se protegen unas a otras, se ayudan mutuamente y demuestran una solidaridad que puede extenderse más allá del grupo, fomentando las relaciones entre familias ajenas al entorno del grupo. Las diversas actividades que se llevan a cabo en los grupos fomentan el desarrollo de vínculos que van más allá del sentido del deber y que, en última instancia, establecen conexiones humanas que, a su vez, se traducen en amistad, camaradería, solidaridad y ayuda mutua.

Por ejemplo, en los actos de demostración o en las actividades grupales, suelen ser las mujeres las que atienden el “puesto” y explican los artículos o productos expuestos para la venta. A través de sus voces y actitudes y capacidad para persuadir o negociar con los oyentes, proyectan y expresan una imagen específica del grupo, y sin llevar uniformes propiamente dichos, dotan al grupo de una identidad colectiva.

Actualización y estandarización de la información.

Las mujeres actualizan constantemente la información que se comparte y se debate en las reuniones o sesiones del grupo, así como en encuentros fuera del grupo —incluso cuando no es ante todo el grupo, sino con subgrupos—. Debatir la información proporcionada en las reuniones del grupo implica someterla a un proceso de retroalimentación para mejorarla, comprenderla, aprender de ella y aplicarla.

Valentía y audacia

En nuestras observaciones de las ECA y las EPB en todo el país, notamos que es más común ver a una mujer levantar la mano para decir: «No lo he entendido; ¿podría repetirlo, por favor?». Por lo general, un hombre no se siente cómodo haciéndolo, salvo cuando ya existe un alto nivel de confianza entre sus compañeros. Esto ocurre con frecuencia en grupos donde el rango de edades es más homogéneo, lo que crea unas condiciones más equitativas para que las mujeres asuman riesgos y hagan preguntas —o incluso participen presentando un tema—.

El colmo del valor se alcanza cuando se dan cuenta de que uno de sus compañeros ha actuado de forma inapropiada. A menudo son las mujeres las que lo señalan claramente y no se echan atrás, impulsadas por el deseo de defender la honestidad. Y no es solo una mujer la que lo hace; puede que una de ellas plantee el tema, pero varias la apoyan y alzan la voz con la misma claridad y sinceridad, actuando como un grupo unido y trabajando de forma colectiva.

Solidaridad y cooperación

Hay dos actividades que se llevan a cabo en la mayoría de los grupos agroecológicos y que son mantenidas y veladas principalmente por las mujeres. Cuando alguien no puede colaborar, trabajar o aportar, se toma nota de ello y se elabora un plan para que todos ayuden a esa persona hasta que se coloque al mismo nivel que los demás, con el objetivo de mantener la equidad o la igualdad. Lo mismo ocurre en lo que

respecta a la cooperación y al funcionamiento del grupo como cooperativa: si alguien no puede aportar su parte (tiempo, trabajo, dinero o materiales), los grupos deciden colectivamente cómo compensar lo que esa persona no ha podido aportar, de modo que cada persona contribuya con una parte igual. Y, en términos generales, son las mujeres las que se aseguran de que todos contribuyan por igual para garantizar que los beneficios de lo conseguido se distribuyan equitativamente entre todos los miembros, de modo que nadie se sienta menospreciado o infravalorado simplemente por no haber podido contribuir en algún momento. Dicho esto, esto no ocurre en todos los grupos; es más frecuente en algunos que en otros.

Estas acciones tienen varios efectos beneficiosos para el grupo:

1. Se mantiene el tamaño del grupo,
2. Se mantiene el espíritu de cooperación,
3. A veces fomenta la captación y la incorporación de más voluntarios (miembros),
4. Se mantienen o refuerzan la confianza y el apego al grupo.

Innovación y espíritu emprendedor

Muchas mujeres de estas comunidades son observadoras en lo operativo y se dan cuenta cuando algo no va bien; entonces toman la iniciativa de proponer cambios. Ese cambio suele ser una innovación o una mejora, y lo aplican no solo a la producción de insumos biológicos, sino también al entablar un diálogo o interactuar en cuestiones organizativas o de planificación, o al mantener la parcela de demostración. En algunos casos, la innovación es una constante y el espíritu emprendedor, un hábito cotidiano.

Al mismo tiempo, también hay ECAs que dependen en exceso del criterio del asesor técnico, lo que puede restringir y limitar la creatividad y, con ella, la innovación; como resultado, el espíritu emprendedor permanece sofocado. Por el contrario, hay grupos que no necesitan la aprobación del asesor técnico y avanzan constantemente, creando, innovando y tomando la iniciativa. Y en estos grupos, suelen ser las mujeres las que marcan el camino.

Convivencia y unidad

Todas las reuniones que celebran los grupos agroecológicos —ya sean de trabajo, de revisión y planificación (organización) o de capacitación — fomentan diversas expresiones de camaradería entre los miembros. Esto tiene efectos muy beneficiosos sobre la moral, la confianza interna, el compañerismo, la solidaridad y el apego; es decir, la unidad. Es muy raro que en una reunión no haya comida, que, en un momento dado, se comparte entre todos; esto crea vínculos más fuertes entre los miembros, y estos vínculos forman una red sólida. Esta red de compromiso compartido es la que hace posible llegar a acuerdos, aportar de forma equitativa, trabajar con compromiso y «hacer las cosas» con entusiasmo y optimismo —todo lo cual genera y sostiene el valor de la comunidad, lo que conduce a la creación y el mantenimiento de comunidades dinámicas. Y en esta creación de valor, son las mujeres quienes lo hacen con una actitud natural y genuina hacia la construcción y el mantenimiento de la comunidad.

Sacrificio y esfuerzo

En la mayoría de los casos, las mujeres que forman parte de estos grupos agroecológicos lo hacen además de su labor para mantener sus hogares en buen estado y saludables. Aportan su tiempo, esfuerzo físico, creatividad, compromiso, solidaridad y amabilidad —los mismos elementos que emplean en sus propios hogares.

LA IMPORTANCIA DE LA PARTICIPACIÓN DE LAS MUJERES EN LAS TRANSICIONES AGROECOLÓGICAS EN MÉXICO

La participación de las mujeres en los procesos de transición agroecológica en México va mucho más allá del cambio técnico en el campo; supone el resurgimiento de los conocimientos ancestrales y una profunda transformación del modelo de producción del país hacia la sostenibilidad, la soberanía alimentaria y la justicia de género. Este proceso no se limita a sustituir los insumos químicos por alternativas ecológicas, sino que impulsa una reconfiguración social y política en el México rural. El impacto de esta transformación se hace muy

patente en la preservación de la biodiversidad, el liderazgo técnico, el empoderamiento comunitario y la defensa activa de los territorios.

En primer lugar, las mujeres han sido históricamente las guardianas de la biodiversidad y la soberanía alimentaria, conservando bancos de semillas autóctonas en sus patios traseros y huertos familiares para frenar el avance de los monocultivos industriales. Su liderazgo se basa en un amplio conocimiento de la rotación de cultivos, los policultivos tradicionales como la milpa, las plantas medicinales y la salud del suelo —conocimientos que constituyen los cimientos teóricos y prácticos de la agroecología—. Del mismo modo, en los programas públicos y las cooperativas, las mujeres han asumido un papel protagonista en la innovación tecnológica mediante la producción de bioinsumos, impulsando biofábricas y viveros comunitarios donde desarrollan alternativas a los fertilizantes sintéticos. Al eliminar los plaguicidas altamente tóxicos, las agricultoras protegen directamente la salud de sus familias, sus comunidades y los consumidores finales.

Desde una perspectiva feminista, la agroecología actúa como catalizador del empoderamiento. Al dominar las técnicas agrícolas y coordinar espacios de formación como las Escuelas de Campo y las Comunidades de Aprendizaje Campesino, las mujeres pasan de la esfera doméstica a las asambleas locales, rompiendo con las estructuras patriarcales que históricamente las han relegado al papel de meras ayudantes. A medida que se consolidan como agentes políticos y productivos con voz y voto, reconstruyen el tejido social a través de redes de mujeres productoras, mercados alternativos y cooperativas que fomentan una economía solidaria, mejorando tanto los ingresos familiares como la nutrición de sus comunidades. Esta conexión con la tierra también se traduce en una firme defensa del territorio frente al extractivismo y los megaproyectos, transformando la gestión sostenible de los recursos naturales en una estrategia colectiva de resistencia contra el despojo.

Sin embargo, para que esta transición sea completa, es esencial resolver las contradicciones estructurales que aún limitan a las mujeres rurales. Un reto fundamental es la falta de seguridad jurídica en materia de tenencia de la tierra, ya que la mayoría de los títulos de propiedad de las tierras ejidales y comunales siguen en manos de los hombres, lo que restringe el acceso de las mujeres a las ayudas públicas, al crédito financiero y a la toma de decisiones formal dentro de las comunidades agrícolas. Del mismo modo, dado que la transición agroecológica requiere un trabajo físico y organizativo constante, es prioritario promover la responsabilidad compartida de las tareas domésticas y de cuidados, garantizando que el activismo medioambiental no se traduzca en una triple jornada laboral que sobrecargue y agote a las agricultoras.

En este contexto, la creación de las Escuelas de Campo y las Comunidades de Aprendizaje Campesino se perfila como una oportunidad histórica para revertir las desigualdades estructurales en el campo mexicano. El fortalecimiento de estos espacios permite devolver el protagonismo a quienes, durante milenios, han sido las agricultoras expertas, las curanderas y las proveedoras que han sostenido el desarrollo de nuestras sociedades. Ante la crisis climática, la desnutrición y la pobreza, la fuerza y los conocimientos colectivos de las mujeres rurales constituyen el antídoto más eficaz. El deber del resto de la sociedad y de las instituciones no es otorgar concesiones o permisos, sino asumir una responsabilidad activa: derribar las barreras que impiden su pleno desarrollo, garantizar el respeto de sus derechos, sumarse a sus esfuerzos y colaborar en pie de igualdad en la urgente tarea de sanar la tierra, recuperar las semillas locales y cultivar la esperanza compartida.